A Blas, Lucas y Elías.

Y a los que se creyeron sus dueños

Desperrado

William Wall

Siempre estuve emperrado en tener un perro. A los siete años les pedí a mis padres que me compraran uno y me dijeron que mientras ellos vivieran ningún can mancillaría su hogar, de lo que deduje que la cosa, si de ellos dependía, podía ir para largo y que can es otra manera de decir perro. Mancillar lo busque en el diccionario y significa manchar. Por eso, cuando aprendí a escribir, se lo pedí a los reyes.

> Queridos Reyes Magos de Oriente:
>
> Este año me he portado bien, o casi. Quiero que me traigáis un perro que se llame Keko, con dos kas.
>
> Un abrazo muy fuerte.

Me trajeron un patinete y un globo. La carencia del artículo solicitado no me parecía una razón creíble si de verdad eran magos. Pero como no soy rencoroso, a las pocas semanas perseguía con el patinete a los perros vagabundos, ahora llamados sin techo, de mi barrio.

Mi carta del siguiente año rezaba así:

> Apreciados Pajes:
>
> Este año no me he portado mal del todo, o casi. Quiero que me traigáis un perro que se llame Keko, con dos kas, o Koke, también con dos kas.
>
> Un saludo cordial.

Me trajeron una bicicleta y un rebote mayor que el globo. Cuando, por mi natural buen ánimo, en unos días me espanté el resentimiento di buen uso de la

bicicleta echando carreras con los galgos o podencos (que no me enredaba en discusiones vanas) abandonados en los alrededores de mi barrio.

Volví a pedir a mis padres que me compraran un cachorro y esta vez su respuesta fue diferente pues en la frase condicional cambiaron hogar por casa, mancillaría por mearía y can por puto perro.

La epístola del año siguiente la empecé a escribir en mayo porque fue un día de ese mes, mirando el diccionario en clase de lengua, la única asignatura a la que veía alguna utilidad, cuando se me ocurrió la idea que me permitiría aclarar definitivamente lo de la magia del gremio de los monarcas orientales. Pero no llegué a echarla al correo porque ese verano me enteré, con el natural desengaño que hace al caso, de que los reyes son los padres de los príncipes, de las princesas y de los hijos bastardos, que son los que tienen con mujeres de otra clase. Aquí, aun a riesgo de que se me tache de disperso, tengo que abrir un paréntesis en mi relato para contar la inquietud que la noticia me trajo, pues mis posibilidades de no tener hijos bastardos se reducían a casarme con alguna de las nueve chicas de mi clase. Se lo propuse a todas siguiendo un estricto orden de menor a mayor, según mi baremo, en cuanto a la combinación de dos atributos: belleza y simpatía. Como respuesta recibí cinco noes (dos sin matices, otro con prisas, la interpelada salido corriendo, y los otros dos yuxtapuestos a la palabra imbécil), una patada (en la espinilla derecha), un tú estás tonto (sonoro y rítmico por las tes que tanto tentaban a Tatiana), un no sabe no contesta (de Olga, la chica de integración de la silla de ruedas y la mascarilla de oxígeno) y un a otro perro con ese hueso (de Pilar, la listilla de la clase, que al menos me daba una alternativa y en un terrero que me gustaba). Aprovecho el hueso (supongamos que era una costilla, por aquello de la forma) para cerrar el paréntesis y volver a mi historia.

O sea, a la carta nonata que todavía conservo y que dice así:

> Estimados Camellos:
>
> Este año (aquí hay un espacio en blanco que tenía previsto rellenar en diciembre cuando tuviera un juicio preciso de mi comportamiento durante todo el año), o casi. Quiero que me traigáis un perro con un nombre de cuatro letras de las que la primera y la tercera sean la duodécima letra del abecedario

español, y undécima del orden latino internacional, que representa un fonema consonántico oclusivo, velar y sordo y las otras dos sean vocales a vuestra conveniencia. Tampoco me importa que el acento prosódico vaya en la primera o en la segunda sílaba.

Atentamente.

Por supuesto que tenía mis preferencias por vocales y más aún por que el nombre fuera llano y no agudo, pero en la carta me lo callaba en aras del éxito de mi estrategia, que elevaba a 50 los posibles nombres. Si alguien cree que exagero puede comprobar lo exacto de mi cálculo en el anexo que se adjunta. Reconozco que corría el riesgo de que el perro entregado tuviera un nombre sin mucho sentido, pero mejor eso a que fuera mi vida la que no lo tuviera por falta de un mejor, y en mi caso único, amigo. Entonces también me preocupaba que el perro tuviera un nombre que supusiera un trauma o un motivo de burla para él. Especial zozobra me producían los nombres con vocal repetida: por lo escatológico, por ser recurso de sordos, ignorantes o despistados, por su alusión al trato carnal, por su uso para meter miedo a los niños y por el apuro de que al llamarlo alguien respondiera tras-tras.

Durante una época de mi vida quise ser veterinario, curar a los animales enfermos, sobre todo a los perros, claro, me parecía algo extraordinario. Cuando supe que había que ir a la universidad y estudiar muchas asignaturas entre las que, por increíble que parezca, no figura la lengua de los perros, abandoné la idea y el instituto en el que sin aprovechamiento estudiaba el bachillerato. No obstante, del dicho: *carrera que el galgo no se da, en el cuerpo la tiene*, se desprende que en mi cuerpo tengo la carrera de veterinario.

El tiempo pasó pero no mi emperramiento. Igual que no quería que la llegada de mi perro me pillase sin un nombre decidido, como les ocurre a esos que les ponen Blas, Lucas o Elías, que habría que requisárselos, tampoco quería que me sorprendiese sin estar entrenado para cumplir con mis obligaciones de dueño. Por eso me compré una correa y con ella bajaba al parque a las siete de la mañana, antes de no ir al trabajo porque nunca tuve uno, a mediodía y a las diez de la noche, antes de irme al

bar a lamerme las heridas y a intoxicarme con el aliento de los borrachos y otros productos hasta las dos de la mañana.

En el parque imitaba con mi futuro perro todo lo que hacían los otros dueños con los suyos, trataba de ser afable y de entablar conversación pero no lo lograba porque me huían y me miraban raro. Comprendiendo que les resultara extraño que mi correa no acabase en un perro como las suyas, trataba de explicárselo a gritos, claro, lo que motivó alguna queja vecinal que no benefició mis relaciones con el gremio de los paseantes de perros.

Fue en el parque donde las conocí. Eran preciosas y las únicas que no me rechazaban. De su perra, Kika, me enamoré a primera vista y de ella ciegamente. Cuando las veía me olvidaba hasta de la correa y de lo que esta no sujetaba y cuando no las veía pensaba en ellas, menos en el bar. Al mes me declaré, les dije: quiero ser el perro que os ladre, Princesas. Durante un minuto o una eternidad no reaccionaron y yo tuve tiempo de analizar las posibles razones de su silencio:

a) eran sordas,

b) no habían entendido el sentido metafórico de la frase, lo que a su vez podía deberse a:

1) una deficiente formación en lengua y literatura,

2) una ignorancia supina de las coplas de Sabina o

3) 1) y 2) a la vez,

c) eran republicanas y no les había gustado el tratamiento de Princesas (en cuyo caso volvían mis ancestrales problemas con la realeza que creía superados) o

d) eran unas estoicas (esto no sé porqué se me ocurrió, seguramente por los nervios, porque no sabía lo que significaba).

Al cabo de ese minuto o esa eternidad, ella cogió su bastón y su perra lazarillo y se fueron sin decir ni guau.

Anexo que se cita

Kaka	Kaká	Keka	Keká	Kika	Kiká	Koka	Koká	Kuka	Kuká
Kake	Kaké	Keke	Keké	Kike	Kiké	Koke	Koké	Kuke	Kuké
Kaki	Kakí	Keki	Kekí	Kiki	Kikí	Koki	Kokí	Kuki	Kukí
Kako	Kakó	Keko	Kekó	Kiko	Kikó	Koko	Kokó	Kuko	Kukó
Kaku	Kakú	Keku	Kekú	Kiku	Kikú	Koku	Kokú	Kuku	Kukú